

¿Es un recurso la biodiversidad?

Malda-Barrera JM*

Profesor Investigador de la Facultad de Ciencias Naturales, Universidad Autónoma de Querétaro. Av. de las Ciencias s/n Juriquilla. Delegación Santa Rosa Jáuregui Querétaro, Qro. CP. 76230
Tels. (442) 2342958

*adlam_1957@yahoo.com.mx

RESUMEN

La concepción predominante entre políticos y administradores es que el mundo entero, incluyendo a la biota, *es economía*. Esta opinión se encuentra tan extendida que nos conduce a creer que, para validar cualquier discusión sobre la protección de la biodiversidad, ha de acudirse a criterios utilitarios. Incluso los investigadores de la biodiversidad se ven obligados, muy a su pesar, a referirse a su objeto de estudio como *recursos bióticos*. El propósito de este artículo es poner en tela de juicio esta concepción del mundo. Los economistas ingleses de finales del siglo XVIII consideraron al bienestar como un resultado de la acumulación de capital, por lo que éste se convirtió en un *parámetro* del bienestar, una visión tan convincente que condujo a la intelectualidad occidental a pensar que el mundo *es economía*. Por ello, la economía se convirtió en la metáfora ideal para explicarlo todo. Los físicos la emplearon al crear la Termodinámica, donde la energía es una especie de tipo de cambio e incluso Darwin la empleó como analogía pedagógica para explicar la evolución en las especies. Por otra parte, Descartes había definido a la materia en términos de extensión y fue con base en este materialismo que la modernidad y la ciencia se enfocaron en el estudio de lo corpóreo. El uso de metáforas económicas mezcló elementos conceptuales que *idealizaron* a la materia, creando así lo que llamaré “materia-idea”. Ésta es una quimera cuyos resultados son desastrosos en lo ético, lo epistémico y lo práctico, ya que pretende que la estructura económica no sólo es capaz de *controlar* al mundo sino de *explicarlo*.

A la pregunta original de si es la biodiversidad un recurso, si apelamos a la riqueza prístina del vocablo en castellano, tal vez sí. Es un refugio y un retorno. Refugio para nuestra existencia como especie, retorno a la armonía dinámica que el mercado destruyó.

Palabras clave: biodiversidad, idealismo, idea-materia, materialismo, recurso, recursos bióticos

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años el entonces gobernador de Querétaro, Ignacio Loyola, ante la insistencia de proteger una reserva natural que a él le parecía superflua, esgrimió un argumento que supuso demoledor: “*¡pero si no es más que un lagartijero!*”. Su confiada afirmación pone en relieve un hecho: para validar cualquier discusión sobre la protección de la biodiversidad ha de acudirse a criterios utilitarios. Tan fuerte es esa tendencia que a la biodiversidad se le designa con frecuencia como sinónimo de “recursos bióticos”. Por eso no es raro que numerosos investigadores de la biodiversidad, muy a su pesar, tengan que hablar de su objeto de estudio como un “recurso biótico”. El propósito de las siguientes líneas no sólo es demostrar las razones de ese pesar; intentaré que el lector considere poner en tela de juicio la concepción que predomina entre políticos y administradores: que el mundo entero (incluyendo a toda la biota) *es economía*.

He dicho que a la biodiversidad se le considera un recurso biótico, ¿qué quiere decir la palabra recurso? Hasta mediados del siglo XX la palabra *recurso* fue sujeto de polémicas. Una de sus acepciones más frecuentes se consideraba ajena al idioma español, catalogándola de *galicismo*¹. Hoy día la

¹ En la edición de 1923 de la Enciclopedia Espasa-Calpe el artículo “Recurso” dice: “siempre que *recurso* equivalga á *refugio* ó *retorno*, bien usado está, pero si *recurso* se usa en el sentido de *remedio*, *caudal* o *bienes materiales*, es un galicismo inadmisibles”. Es galicismo por

polémica no existe, hablar de “recurso” es hablar de un bien material, de algo que pertenece al ámbito de la economía. La aceptación del nuevo vocablo ha llevado al olvido el sentido original, castizo, del término: *refugio*. Tal suceso diagnostica un hecho cultural importantísimo: en este nuevo milenio no hay visión del mundo que no se fundamente en la producción y mercadeo de “bienes” de consumo.

La invención de la “materia-idea”

Cuando Adam Smith se da a la tarea de explicar el porqué de la riqueza de las naciones, logra también identificar lo que para él era el resbaloso concepto *bienestar*. El bienestar individual (la razón que para Locke yacía detrás de la tendencia humana a la vida en sociedades) provendría de la acumulación de capital. El capital se convertiría, pues, en un *parámetro* para medir el bienestar, sirviendo además de referente para regir entre los individuos de una sociedad, permitiendo el modo más correcto de alcanzar la equidad. De los capitalistas ingleses al estilo de David Ricardo, a los seguidores radicales de un marxismo más bien superficial — con sus aparentes diferencias y aún opiniones encontradas — hay una misma concepción del mundo: *el mundo es economía*.

Tan convincente resultó esa visión en todos los aspectos de la intelectualidad occidental, que la economía pasó a ser la metáfora ideal para explicarlo *todo*. Darwin la usó como analogía pedagógica para explicar el enigmático proceso de la evolución en las especies, y antes de él, los físicos la usaron para explicar los intercambios de energía², dando lugar a una ciencia básica: la termodinámica.

En cuanto a la materia el lector tendrá que perdonarme una breve digresión filosófica.

Descartes la había definido ya en términos de extensión, identificando su naturaleza con la de los cuerpos en general. Toda la modernidad, y por lo tanto la ciencia, van a enfocarse desde entonces al estudio de lo corpóreo, vale decir de la materia en su acepción de lo extenso. Sus atributos espaciales, susceptibles de medición y por lo tanto sujetos a ser conocidos, harán del universo algo accesible a la razón. Si bien es cierto que la concepción de materia como lo extenso está en la primitiva raíz del pensamiento científico, también es cierto que el uso de las metáforas económicas para explicar a la naturaleza, mezclará elementos conceptuales que *idealizarán* a la materia: es el nacimiento de la que llamaré “materia-idea”. Los resultados de esta combinación quimérica serán desastrosos. Hablo de quimeras pues estamos ante la unión forzada de lo incompatible. El sistema hegeliano, idealista por excelencia, y la ciencia, materialista por definición, están en lugares radicalmente distintos. Hablando en términos ontológicos, la ciencia parte de una parcela del ser, parte de lo fenoménico. Hegel no se ubica en ninguna parcela, él se sitúa desde el absoluto y considera a la naturaleza “como negación (...) como la decadencia de la idea de sí misma”³. Para el idealismo de Hegel la *idea* aludía a su metafísica del absoluto; la idea no estaba pues en el terreno limitado de la *representación*. Por el contrario, en la ciencia newtoniana la naturaleza fenoménica (que para Hegel era tan solo *representación*) tiene un carácter absoluto. Los empiristas ingleses, impregnados de esa convicción, derivan en las explicaciones de la economía clásica, profundizando en los aspectos mecánicos de la estructura social y dejando al margen, aparentemente, la reflexión metafísica. En su lenguaje, *es la idea* una mera representación.

¿Qué existe y qué no?

provenir del francés *ressources*, que nada tiene que ver con *recours*, que en francés significa lo mismo que en correcto español.

² La energía será una especie de moneda, de tipo de cambio.

³ Hegel, F. “Enciclopedia de las ciencias filosóficas”, § 248.

Si para la física la existencia de un objeto se expresaba a través de sus dimensiones extensas, para la economía la existencia se expresaba a través de sus *parámetros* en forma de capital. Hay que enfatizar que el capital es *la abstracción general* de un parámetro. Los objetos de la economía serían aquellos susceptibles de entrar al mercado, y por lo tanto, aquellos que podrían tener un precio. Todo lo que no fuera susceptible de medición dentro de la trama del capital, sería por tanto, inexistente para la economía.

La breve digresión filosófica -que espero se me haya perdonado- permite notar que la materia se concibió de dos maneras: como lo meramente extenso y como *el símbolo* de lo extenso. El capital, como símbolo, hace que la materia extensa, burdamente palpada por los sentidos, alcance su realidad al convertirse en idea; ésta es precisamente la *materia-idea*. La *idea como representación* de la tradición empírica logra su impensable transmutación en la *idea absoluta* del sistema hegeliano, dando lugar a una metafísica extravagante y falaz con los tintes de un platonismo demasiado ligero, degradado.

En su cuento “El escarabajo de oro”, Allan Poe hace un sutil ensayo sobre la recién inventada “realidad virtual” de la economía. Allí, la riqueza material a la que accederán sus personajes luego de una trama misteriosa, se resume en un relato que ironiza sobre el absurdo de generar oro a partir de un escarabajo, o aún más desquiciado, del dibujo de un escarabajo⁴. A mitad del siglo XIX, el interés por estos temas fue tan intenso, que en los Estados Unidos, Clinton Roosevelt, miembro de la *Association for the Advancement of Science*, propuso la creación de un “*Departamento ontológico para el análisis y el*

establecimiento de los principios generales de la economía política”⁵.

Sería curioso hacer una historia de los últimos 200 años en términos de los objetos “reales” que han ido apareciendo para la economía. En el campo de los seres vivos, caso que nos ocupa, si bien la ciencia tenía un inventario considerable hacia el siglo XIX, no fue sino hasta principios del siglo XX cuando numerosas especies vegetales se incorporaron al mundo de la economía. El barbasco, una planta usada tradicionalmente por milenios entre los indígenas mayas, fue inexistente para el mundo económico hasta la década de los ‘60, cuando se descubrieron sus propiedades anticonceptivas y cuando se le pudo tasar en términos de capital.

Aquí llegamos al punto decisivo: para el mercado sólo existe aquello que puede ser medido en la trama de lo económico, es decir, en la racionalidad del capital. No bastan los sentidos para alcanzar cierta proximidad con lo real, no basta con ver a un ser vivo, no basta con tocarlo para afirmar su existencia. Demos ejemplos. Si se quiere proteger a una especie, para darle un carácter de *existencia* ha de dársele también un precio. Si se quiere tomar en cuenta a un grupo humano, ha de verse cuál es su impacto en la *economía global*. Todo aquello que no sea susceptible de tasa económica *no existe*. En otras palabras, el criterio de *existencia* se somete a la *funcionalidad* en la trama mercantil. Por otro lado, todo lo que sea representable en la trama económica, tiene un carácter de *existencia absoluta*. De nuevo vemos aquí la sombra de una falaz y simplona metafísica. Basta con que algo pueda expresarse en la racionalidad del capital para que su existencia esté garantizada. Los capitales que se mueven en la bolsa de valores son un ejemplo de las peculiares entidades virtuales de la realidad económica. Pueden aparecer de la nada

⁴ Al respecto ver: Shell, Marc, 1988. “Dinero, lenguaje, pensamiento”, FCE, pp. 17-48.

⁵ Shell, M. Op. Cit. p. 22.

y pueden esfumarse igualmente. Es una paradoja que la visión económica del mundo, tachada de materialista, se mueva en esas nubes de fantasía. Si atendemos al concepto “materia-idea” no debe extrañarnos que una trama tan etérea se derrumbe con la facilidad que lo hace ahora mismo.

La biodiversidad, una alternativa para pensar el mundo

Cuando Darwin escribió “El Origen de las Especies” partió de un hecho: la variación en la naturaleza. La multiplicidad de seres vivos, evidenciada por los sentidos, fue explicada considerando a la vida un *proceso* no una cosa. A la tradicional noción de materia extensa Darwin incorporó dos variables: tiempo y movimiento. El concepto *existencia* se volvió complejo, recordándonos al río de Heráclito. A pesar de haber usado la metáfora economicista como técnica pedagógica, la visión del mundo que abrió Darwin de ninguna manera se reducía a tan pobre metafísica. ¿Cómo se concebía la vida antes de la “revolución darwiniana”? Frente al hecho de la diversidad los antiguos optaron por la explicación sobrenatural: todo habría sido creado por Dios. Dada la omnipotencia divina, nadie se extrañaba cuando los eruditos, acopiando narraciones y crónicas de viajeros, describían los más disparatados seres, habitantes de regiones ignotas y lejanas. Los naturalistas, por su parte, se daban a la tarea humilde de testificar, con el mayor detalle y veracidad posibles, el panorama inmenso pero estático de la creación. Linneo elabora su sistema tratando de descubrir la estructura fija del mundo viviente, pero al hacerlo surgen contigüidades estructurales que ostentan “aires de familia” muy sugerentes. Inesperadamente siembra semillas de sospecha. Buffon, pese a ser creacionista declarado, nota cómo en la diversidad biológica existen semejanzas extraordinarias en grupos distintos, que o bien

viven en áreas contiguas, o bien podrían haber llegado a lugares distantes a través de migraciones que finalmente los habrían aislado; inspirado en un incipiente transformacionismo, dice en su “Historia Natural” que las especies biológicas pueden llegar a tener una cierta posibilidad de cambiar.

Incluso Kant en su “Crítica del Juicio” nos habla del “parentesco real” de los seres vivos hablando de cómo podrían haber derivado de una “madre común” todos ellos. Es Darwin, sin embargo, quien logra la síntesis que le lleva a elaborar una teoría coherente de la transformación de las especies. La teoría de la evolución vuelve desde entonces insostenible la concepción aristotélica de sustancia en el contexto de las especies biológicas, abandona el terreno metafísico en definitiva y aborda el fenómeno de la diversidad en sus propios términos, esto es, los meramente fenoménicos. Y de todos éstos, el más significativo se refirió al modo en que tal multiplicidad biótica establece redes de interacción. La existencia comenzó a explicarse como el fruto emergente de fuerzas: variación, competencia, selección y cooperación. Las especies no podían ser entidades fijas, eran parte de un *flujo*, de un continuo de ancestros y descendientes que variaban e interactuaban perseverando o muriendo. Ningún elemento de la red de interacciones podía ser prescindible; las especies no podían concebirse como los engranes intercambiables de una máquina por la simple razón de que no son cosas sino procesos. Este enfoque vectorial ha conducido a la moderna teoría de sistemas, de modo que para entender a la vida hay que pensarla como un sistema. La biodiversidad sería la resultante estructural del sistema, su riqueza o degradación nos estaría hablando del grado de estabilidad y persistencia del sistema entero. En un sistema la diversidad y la unidad se armonizan, una y otra son imprescindibles.

¿Y la humanidad?

Nosotros los humanos, como seres vivos, también formamos parte del gran sistema: la biósfera. Nuestras peculiaridades gregarias son sólo eso y en cuanto a las manifestaciones históricas de nuestra organización social, hay que aceptar que son puntos contingentes de un proceso que podría haber tomado infinidad de cursos. La civilización actual, fundada en los preceptos de la economía y el mercado, por cierto que es un vector que altera la biósfera; pero resulta pueril pensar que la estructura económica no sólo sea capaz de *controlar* al sistema entero, sino que tenga la posibilidad de *explicarlo*. Si la suma de las partes no descifra al todo, mucho menos las peculiaridades de una minúscula fracción. El problema que se plantea, sin embargo, no es meramente ético o epistémico, es un problema de supervivencia. Nuestra civilización *utiliza* la estabilidad sistémica de la biósfera, *depende por completo* de ella. Usa no toda la red, sino apenas una parte, justo la que le es más próxima. La paradoja es que al tiempo que la usa la degrada, la modifica. La biósfera en sí misma tiene infinidad de rutas y tramas, la biodiversidad que hemos erosionado es aquella de la que nosotros, los humanos, dependemos como entidades bióticas. Los panoramas apocalípticos que se esbozan a futuro como consecuencia de nuestra depredación no afectan de manera inédita a la biósfera; la verdad no somos tan importantes. A lo largo de la historia de la tierra –una historia que se extiende por miles de millones de años- la biodiversidad ha ido cambiando, ha sufrido transformaciones tan drásticas como la que hace más de 600 millones de años llevó glaciares al ecuador, cubriendo todo el océano con una capa de hielo de casi 1 km. de espesor. Con todo, la vida siguió su curso, la prueba es que aquí estamos.

Lo terrible de la actual pérdida de biodiversidad es que nos afectará

principalmente a nosotros. La urdimbre que afectamos es la mismísima de la que dependemos. Al incorporar a las especies como “recursos” para el mercado, las hemos explotado. Pero al creer que son recursos en el sentido de bienes materiales, nos instalamos en una miopía arrogante que se atreve a despreciar el saber acumulado por la ciencia los últimos doscientos años. ¿Cómo aliviar esa miopía? Si consideramos la perspectiva histórica resalta lo patético de la visión económica del mundo. La vida en la tierra tiene unos cuatro mil millones de años de existir, nuestra especie apenas unos 200 mil. De ese breve lapso, la civilización mercantilista apareció, como mucho, apenas hace unos miles de años y la explicación económica que la describe, surge en un lapso que se extiende desde hace poco más de 200 años. La economía no sólo es una disciplina limitadísima en el espacio, también lo es en el tiempo. Y desde la perspectiva de la biodiversidad, ni siquiera es relevante, pues no explica a la especie humana, sino a una peculiar rama histórica de su estructura social, muy reciente y ya en vías de extinción: el capitalismo.

¿Es la biodiversidad un recurso? Si apelamos a la riqueza prístina del castellano, tal vez sí. Es un refugio y un retorno. Refugio para nuestra existencia como especie, retorno a la armonía dinámica que el mercado destruyó.

BIBLIOGRAPHY

- Darwin, C. 1973. The Origin of Species. (Facsimil de la sexta edición original) Chicago, William Benton Publisher. Enciclopedia Britannica Inc.
- Locke, J. 1960. Two Treatises of Government, Cambridge, Cambridge University Press.
- Hegel, GWF. 1971. Enciclopedia de las ciencias filosóficas. México, Editorial Porrúa. [ISBN 968-432-587-8](#).
- Kant, M. 1977. Crítica del Juicio. México, Colección Austral. Espasa-Calpe. [ISBN 9780192806178](#)

Poe, EA. 1959. El Escarabajo de Oro y otros cuentos.
Buenos Aires, Clásicos Juveniles Alba.

Shell, M. 1988. Dinero, lenguaje, pensamiento. México,
FCE. 17-48 p.